

Verdades que amargan

Si alguna duda cupiera a HOJA OBRERA del efecto causado por su valiente y concienzuda actitud dirigida a contrarrestar la retórica injuriosa y las intemperancias insanas de la procaz *Prensa Libre*; el silencio otorgante de tal diario sería la mejor prueba de que calla convencida de que nada puede replicar contra argumentos sólidos que descansan en la razón y la justicia.

Especialmente "Muertos que apesantan" y su continuación: "Baldón eterno" en donde la patria indignada nos cedió su pluma y abrió sus venas para que escribiéramos con sangre la solemne protesta que condena a los hijos que la humillan; son piezas elocuentes y patrióticas que no deben despreciarse, porque su contenido, aunque vea la luz en el humilde órgano de los obreros, no por eso es menos elocuente, ni deja de ser la mejor prueba de la indignación producida por tantos atropellos a la soberanía Centroamericana de que formamos parte por identidad de raza, de religión y de costumbres, y a la cual, a pesar de constituir un Estado independiente, estamos tan íntimamente ligados que, no se puede enajenar la soberanía de Nicaragua, o cualquiera otra república hermana, sin que la de Costa Rica se conmueva y obligue a estar en guardia contra los traidores que atesoran vendiendo la libertad de los pueblos que en mala hora gobiernan.

El bélico sonido de los clarines que tocan nuestros heraldos y el r-ta-plan de los tambores de la vanguardia republicana nos convocan a reír a costa de los honrados enemigos que callan tristemente cuando no pueden apagar la luz de la verdad que escuda a todos los que escriben razonando y no mintiendo.

Los diamantes de las plumas de oro de los famosos libelistas que escriben en *La Prensa Libre* se han roto; las luces que alumbraban aquel antro de maldad y podredumbre se han apagado por el fuego certero de nuestras baterías y como si la pólvora de nuestros cañones tuviese la virtud de destruir el talento y el criterio de los *sapientísimos e infalibles* plumarios del duranismo, don Leonidas Pacheco nos regaló ha pocos días "El timo de la manifestación" que lejos de honrar a su decantada pluma, tan sólo lo exhibe como poco celoso de su cometido.

Tan respetable pluma debiera gastar sus bríos en rebatir "Muertos que apesantan" y "Baldón eterno" dos de nuestros artículos que exigen del honor inmaculado verdi-blanco, una defensa que devuelva la fuerza del colorido a su destenida causa.

De lo contrario: el público se ratificará en la creencia de que entre tantos sabios no existe uno que se atreva a destruir nuestra aseveración que tan mal parado tiene el nombre del duranismo por defecto de su prensa.

¡Si solo de la prensa se tratara, no importaría que callasen; pero es el caso que nosotros hemos hecho deducciones lógicas muy desfavorables a Durán, que exigen vindicación so pena de que los partidarios honrados se desbanden, avergonzados de vo-

ros que no saben defender el honor y principios de la llamada Unión Nacional.

A pesar de todo, no esperamos vindicación de la plana mayor del duranismo; pues desde el candidato hasta el último de sus voceros diz que dicen: *quo nos la quedan debiendo*, porque les imposible dejar de reconocer que en efecto hay muertos que apesantan, que *vale más no menearlo*.

Es de sentirse que Ernesto Martín y Leonidas Pacheco desperdicien la oportunidad que les ofrecemos para lucirse aduciendo sólidos argumentos que destruyan nuestro J' accuse si quiera sea para justificar los enormes sueldos que perciben por su *desinteresada* labor.

Rechazando el calumnioso cargo de réprobo, malamente aplicado al candidato Máximo Fernández, nosotros creemos que tal calificativo pudiera ser más digno de aquellos que arriaron la escala de la nave nacional para que la aborden los agentes de la *diplomacia del dólar*, cuando lo crean necesario.

Dichos agentes han invadido ya a Nicaragua convirtiendo al traidor Adolfo Díaz en un manequí del imperialismo americano. Ojalá que con aquello se conformen y que contra nuestros temores, no resulte en esta tierra algún políptico desprestigiado que cual Adolfo Díaz trate de convertir a Costa Rica en otro protectorado con un presidente en funciones de portero.

¡Si alguien intentase imitar a Díaz y Chamorro, juremos venganza para eterno escarmiento de los verdaderos réprobos y bien de la patria costarricense!

Los invasores no pueden existir donde hay patriotas que no miden el peligro, ni aprecian el valor del oro que seduce a los traidores.

Así como México fusiló a los generales Miramón y Mexía que sirvieron al imperio de Maximiliano, también Nicaragua debe ultimar a los réprobos que pidieron la intervención, levantando un cadalso que detenga la ola de traidores que trafican con la honra nacional. ¡Antes muertos que esclavos!

El partido de *la argolla* que no ha hecho nunca nada, que es el autor de nuestra degradación moral y política, y que no ha pensado más que en vivir a costas del país, ha llegado en medio de su furibunda cólera, a la triste conclusión de que la nueva ley electoral aprobada por el señor Presidente de la República, contra lo que esperaban, encierra su sentencia de muerte.

A ese partido del obscurantismo cuyo factor es la aristocracia intransigente, poco le importa que Costa Rica retroceda moral y políticamente, poco le importa que como resultado de sus indignas componendas renazca el monstruoso despotismo, sólo le interesa guardar el poder para disponer del presupuesto en beneficio de ellos y de los suyos.

Vivimos en días tormentosos y todos los patriotas costarricenses maldicen con energía a esos politicastro que no piensan más que en sus particulares intereses y serían capaces de todo por continuar siendo los parásitos del país.—*Nick Carter*

Los once hermanos

Esto dice un grupo de beldades campesinas que avanzan por el camino real, mirando a la casa de campo de los once hermanos, un domingo por la tarde:

Camila.—A mí el que más me gusta es el tercero. Qué risa tan linda! Le suena como una dulzaina; pero me choca mucho la vieja.

Inés.—A mí el quinto. Lo vi el otro día sujetando un toro, sin moverse; parecía un estacion de fierro. Qué sabroso será ser la mujer de un hombre así; el sudor le había pegado el pelo a la frente, y se le veía como un encaje de sortijas negras. Tenía desabotonada la camisa y mostraba un pecho blanco y peludo, parecía un león ¡más hermoso! Casi se le va el toro, porque se descuidó diciéndome al pasar.—"Si así pudiera yo sujetarte,

morena". Y respondí de modo que no me oyera:—"Ya te diera yo la sogá, montañero provocativo". Sí, pero se me figura que su madre me la reventaría; ay, qué vieja más antipática.

Salomé.—De veras, ¡qué señora tan odiosa! No sé por qué me choca tanto. Decías tú que te gusta el del toro? No seas simple, hija mía. Yo no cuadro con hombres que paralizan a una de un apretón y que no se dejan torcer con más el bigote! El segundo, queridas, el segundo, que tiene un hablar como de gran señor, sin contar con que es el más buen mozo y el que sale más bien vestido a la ciudad.

Rosa.—Ay, chicas, a mí me desmaya el mayor, menos cuando va con el espanto de su madre al lado. Esos ojos del hombre en que se le ven los montes, las talañquerías, las nubes y la honradz. Les aseguro que yo comiera sal en la mano de ese señor con mucho gusto.

Elisa.—Y no han citado el mío, digo...pues... el de su madre.

Todas.—Cuál es?

Elisa.—Uno que hay ahí muy callado y que tiene el cabello más crespo que el de los otros.

Todas.—Ah, mujer desabrida! Cabalmente, el único que tiene trazas de bobo.

Elisa.—De esa agua mansa libralas, Dios mío! Que me pregunten a mí a qué sabe el pan que amasa el bobito aquel.

Mercedes.—Es feo que no se haya casado ninguno; y la madre, que bien podría aconsejarlos, se está tan desmolidada como cosa de niña bonita guardada por once dragones; sí, tan bonita que ni una noche de truenos.

Celia.—Con seguridad que todos son unos perdidos.

Inés.—O unos avaros.

Leonor.—Sí, señora; unos vagabundos.

Julia.—Eso.

Todas.—Y la señora Juanita, una vieja muy ridícula. Qué pensará hacer con once solterones?

Once hermanos uniformados por una belleza miguelángélica, de bustos anchos, cabellos rizados y caóticamente negros, brazos de relleno duro como un empedrado, pantorrillas de planos de fierro y pies grandes. Son blancos los once, de bigotes imperiales y ojos tan semejantes los de unos a los de otros como entre sí las flores de una rama. La madre de todos ellos es una viejecita sumamente pequeña y de tan finas proporciones que al lado de cualquiera de sus hijos se ve al igual que un retoño al pie de un cedro gigante. De ella no heredaron los once más que los ojos, unos ojos enormes, ebrios de claridad y abiertos de honrada manera, porque todos miran horizontalmente. Del padre, que era un hermoso caso de fuerza y lozanía, heredaron eso y muchas tierras consteladas de ganados.

Muy temprano todos los días volteaba cada cual a su oficio y éste se las tenía con un potro levantisco y temblador en la llanura, quiénes destrozan una selva, cataban los demás la llanada con un cerco.

Lo único en que la naturaleza no había puesto sus acentos vitales en este cuadro de amable ingenuidad era en que ninguno de los once había pensado en casarse, aunque recorrían la gradería de años que van de diez y ocho a treinta y dos. Lo que eran zalamerías y guasa con las muchachas no les faltaban y uno que otro topetón con los mozos del contorno por celos y repulgos de machos vibrantes; pero lo que era esmaltar el asunto de amor con la mano del cura, nó, nó; y mientras tanto dale a la ternura con su viejecita reina.

A la oración se juntaban en el cuarto de la madre y ejecutan aquí una labor, rasguean cuerdas más allá, conversan los demás, se les iba la noche en plácido esparcimiento, hasta que a una señal de la anciana callaban todos y brotaba el rosario fresco y armonioso como el balanceo de un cañaveral al viento. Componían los once hermanos al responderle a su madre en coro, uno como armoniún religioso en que voces de bajo profundo a duo con otras argentinas y juveniles, timbradas todas, iban siguiendo obedientes el acento trémulo de la viejecita. Los once hermanos rezándole a la Virgen eran once leones embelesados con un arminio; más de una docena de columnas de piedra agrupadas para sostener una golondrina. La amante plegaria se iba regando en las ondas del viento y pasaba triunfante por sobre el mugido ardiente de los toros, el enamorado chispear de los cocuyos y el rumor de alas y cantos con que el amor de la carne seduce entre el misterio tolerante de la noche.

El mayor.—Decididamente habéis pensado en no casaros? Al primero que lo haga le regalo cincuenta novilonas.

El octavo.—Cásate tú, que yo te las doy a ti; afortunadamente no eres más rico que yo; u ofréscelas a éste.

El décimo.—Muchas gracias; yo tengo un compromiso con cierta persona—mirando de reojo a su madre—y no quiero entrar en otros arrechuchos. Tú, quizá.

El tercero.—Te equivocas; y te advierto que nos veremos las caras, porque tú estás llamando a una puerta donde me gusta llamar a mí.

La señora Juanita.—Las zalamerías de estos pícaros.

El séptimo.—A mí no me hagan la propuesta; no entro en esa danza hasta que el cielo se engalane con un ángel nuevo.

La señora Juanita.—Quién oye a este ojos de vaca; no supiera yo cómo eres de enamorado y revoltoso.

El menor.—Siquiera yo estoy muy joven, y el último se queda siempre con la madre.

La señora Juanita.—Nada, que tenéis que casaros todos antes de que yo me muera. Me gustan mucho Clemencia la de Virgata, Luisa la de don Pedro.

El segundo.—No sigas, que yo te hago esa cuenta. Ay, señora! Serafina la del camellón. Me la colgara de la jetica a esa negra, como un colibrí de una flor por una eternidad.

La señora Juanita.—No piensas sino en porquerías este bribón! Por qué no dices que te gusta por asentada y juiciosa?

El quinto.—Yo me vuelvo agua y sal con Camela la del Alto del Sol. Qué hembra tan frondosa! Se parece a una de las novilonas del Sociego. Ese modo de andar! Parece una guadua cuando sopla el viento, para acá...para allá... Va pidiendo a gritos un marido, pero un marido como un roble.

El sexto.—Como yo no los busco para carnecería, no le boleo el lazo a hembras tan corpulentas: le voto el sombrero a Dolores, la buñolera, porque esa sí puede uno echársela al cuadril sin mayor esfuerzo; es una indecisa delgada y escurridiza como una culebra. El otro día le eché mano de la cintura, se me safó como aroque y me dijo plantando como una viborria:—Pues no faltaba más! y es que se le ha olvidado que, si quiere de esta agua limpia y delgada, tiene que decirle al cura que le preste el cántaro.

La señora Juanita.—Bien hecho, Caifás!

El cuarto.—Es que no conoces a Olimpia la del Río.

Esa no es para carnecería para lo que sirve sino para carreras, porque es larga y delgada como una flecha.

La señora Juanita.—Todos estos pícaros tienen trapo en la leja, pero ninguno quiere estregarlo.

Todos.—Cierta criatura maravillosa tiene la culpa.

La señora Juanita.—Qué carredos, ni qué maravillas. Vais a casaros todos, pero prontito, porque deaco dejaros así; y aunque vosotros no queréis creerlo, ya el sol de mi vida no tiene cuatro centímetros de cielo dónde moverse. Conque a propo-

ner mañana los que tengáis hecho el lío.

Todos.—Señora... así de repente?

La señora Juanita.—Es lo último que os pido.

El mayor.—Bien, mañana tendrás aquí por lo menos seis noticiones.

La señora Juanita.—Vamos a ver.

Pero como toda copa suave tiene asiento.

Y todo canto, por feliz que sea, remata con el silencio.

Y cualquier pájaro, con sus plumas y todo, acaba en el suelo, la dicha de los once hermanos plegó sus alas a media noche. Una criada los llamó, y encontraron a la viejecita en su lecho en unas como esponsales con un ensueño, porque se había quedado mirando al vacío con honda fijeza; la palider la había vuelto casi incorpórea, su nariz se tornaba diáfana como el alabastro y brillaban sus canas con una luz extraterrestre y fantástica. Sollozando los once hijos trataban de fundir con frases amantes aquella vida que se cristalizaba en nieve eterna. Ya sabes, mi bien, que como yo soy el último, me quedo contigo. Qué importa que éstos se casen?

Y besaban con cariñoso temblor las manos expresivas de la viejecita, aquellas manos de donde partían las bendiciones con la natural docilidad de los pájaros que se van de la rama hospitalaria.

Comenzaba a salir la luna detrás de la altura al pie de la cual estaba la casa de los once hermanos; a contraluz se veía la montaña como faraónica pirámide de terciopelo negro sobre una rompiente de luces de ópalo. Se iluminó la tierra, menos la casa de los once hermanos que se quedó, como siempre entre una amalgama de sombra y luz bordada de chispas vívidas que iban y venían como una princesa cargada de joyas en un minué. La luna subía por detrás de la montaña y la viejecita se moría tenuemente—recatado aroma que se amplía en el aire. Como si la luna hubiera logrado al fin prenderse de la cima de la montaña con blanda mano fulgente, apareció allá arriba un brochazo de luz cándida, se iluminó la hacienda de los once hermanos, y expiró la viejecita en un místico sociojo.

Esto dice el grupo de beldades campesinas que avanzan por el camino real mirando a la casa de campo de los once hermanos:

Camila.—Era un encanto la señora Juanita; con razón sus hijos no habían pensado en casarse; lástima que ellos no sean tan encantadores como su madre.

Inés.—Ah, sí, adorable viejecita; yo por mi parte, la quería muchísimo. En cuanto a sus hijos, lástima que no me guste ninguno.

Salomé.—Lo que me pasa a mí! no me parecen de codicia. La que sí era deliciosa era la viejecita madre.

Rosa.—Pero bien, cómo son los once hermanos? yo casi no los conozco.

Elisa.—Y yo menos; nunca me he fijado en ellos.

Mercedes.—Con seguridad, ahora van a decir que estamos locas por ellos.

Celia.—Con lo pretenciosos que son los hombres.

Leonor.—Y qué gracia tienen los once hermanos? Vamos a ver. Es que les dedicáis tanto tiempo...

Todas.—No, ninguna especial; son como todo el mundo.

Seutados en un corredor por la noche completamente solos, los once hermanos pensaban y pensaban.—Yo he leído en alguna parte, dijo el amigo de los versos, que las noches blancas como ésta son un piélago de almas cariñosas que vuelven como pájaros amantes a cantar sobre la jaula vacía, y que las noches oscuras son un turbión errante de espíritus atormentados. Será verdad? Porque entonces la amada viejecita hace parte de esta noche y de esta luz. Estará en un rayo de luna, en una nota del viento o en el perfume de los miosotis que ella misma sembró? Por más señas, termina el poema diciendo: "Oh, la religiosa ternura de las noches pálidas".

Samuel Velásquez

(De Colección Ariel)

SEÑORES AGENTES

Suplicamos la actividad del cobro y pronto envío de los fondos

CENSO OFICIAL

Los datos arrojan una mayoría de trajes bien confeccionados en la famosa

SASTRERIA GONZALO ARTAVIA